

Miguel Herráez. Selección de textos

C'EST FIN

Por Miguel Herráez

Lo cierto es que la historia derivó al final en la Piscina Vedri, la única reglamentaria, cubierta y con agua climatizada que había por entonces aquí. Pero déjenme que les cuente, déjenme que empecemos por el principio.

Fue en diciembre del 70 o 71, cuando se intuía el final de la dictadura, y ya metidos en una atmósfera navideña. Si digo navideña quiero decir con las calles y las copas de los árboles del centro iluminadas, con los escaparates de las tiendas saturados de adornos y con un exceso también de falsa nieve salpicada en sus cristales. Unos días fríos y desangelados que recuerdo de color sepia. En aquellos años, bastante más que ahora, la Navidad me producía una inexplicable sensación de melancolía física, de vacío de estómago y de flojedad psicológica, como si aquélla fuera posible tocarla o sentirla igual que lo hacemos cuando tenemos un tobillo dolorido y nos lo torcemos al subir un peldaño. Mi hermano Juan me había implicado en un tema, algo que tenía que ver con dar un mensaje a una persona del *partido*, y yo había aceptado colaborar. Él, además de hacer como que estudiaba segundo de Agrónomos (con asignaturas de primero pendientes), era integrante de una célula, o lo que (eran seis) llamaban una célula antifranquista. Se reunían en el piso del padre de uno de ellos que tenía un negocio de exportación de frutas, un piso de la parte vieja, ruinoso, de pasillo muy largo y oscuro, habitaciones de techo alto, de paredes

con grandes manchas de humedad, muy oscuro, y que olía a melón y a melocotones maduros porque se usaba precisamente como almacén.

Allí, en Navellos 12, se reunían y recibían instrucciones. ¿Instrucciones de quién? No me pregunten, no lo sé. Todos tenían nombres supuestos, sus alias respectivos. Juan se llamaba Caspio, que ya es tener ganas. Que Juan (Caspio) anduviera en política era cosa que mis padres, por supuesto, desaprobaban, y que yo, tres años menor que él, admiraba; y lo admiraba porque Caspio (Juan) creía a tope en lo que hacía, en su respuesta al franquismo (como él decía), en su intento por minar (decía minar) la estructura (decía estructura) de la Momia (decía la Momia).

-Das el mensaje y vuelas -me dijo en Navellos-. ¿Entiendes?

-Entiendo.

Me paró del hombro con dos dedos en uve.

-Esto no es una película.

Me lo dijo serio, sin sonreír, y no pude dejar de sentir que ambos, era verdad, en ese mismo instante, él manteniendo sus dedos contra mi hombro y yo alzando las cejas irónicamente, estábamos rodando la escena de una película. De una mala película.

-Vale.

-Nada de riesgos tontos, ¿sabes?

-Digo que vale.

-Te acercas a la barra, pides un café y le dices al de la bufanda que será en astilleros, a la hora convenida, y te das el piro.

-¿Y eso no se le puede decir por teléfono?

Juan chasqueó la lengua y se descolgó el Ducados. El humo le subió hacia los ojos que entornó. Bilbado movió la cabeza por detrás de él. Ese tal Bilbado era grandote y, aunque no era bilbaíno, se identificaba tanto con su seudónimo que le gustaba pasar por serlo, y lo hacía sobre todo dándole un

toquecito interrogativo a sus frases, cantarín, en especial al final de ellas. Tenía una barba tan cerrada que, en mentón y mejillas, no dejaba un solo milímetro de piel al descubierto. Lo había visto en dos o tres ocasiones y en seguida había registrado el tipo al que pertenecía: le gustaba dar órdenes. Presumía -lo había dicho la primera vez que lo vi, tomando un café en el Bar Che, ¿en qué bar se podía reunir aquella célula de seis si no era en el Che de la Avenida de José Antonio?- de que Santiago Carrillo había dormido una noche, huyendo de una redada, en casa de su tío. Contó que Carrillo había consumido dos paquetes de tabaco en menos de siete horas y un termo de café sin un grano de azúcar.

-¿Lo quieres hacer o no?

-Que sí.

-Pues entonces será de esa forma. -Tiró una bocanada sin control que me dio de refilón en las gafas -: ha de ser de esa forma.

-Vale.

-¿Estás seguro?

-Lo estoy. ¿He de seguir alguna norma, algunas instrucciones?

-Acada rato da una ojeada con disimulo, por si te siguen.

Me fijé en la cicatriz que mi hermano tenía bajo su ojo, junto a la nariz Empezaba en la aleta de la nariz y le llegaba hasta la bolsa del ojo. Se la había hecho yo, años atrás, con un llavero. Un llavero plateado y puntiaguado con el emblema de la SEAT (la letra *te*, muy saliente, debió de ser lo que se le clavó) que guardaba mi padre de cuando compró el 1400 gris.

-¿Sólo eso?

Mi hermano se volvió y Bilbao asintió con un ligero movimiento de cabeza.

-Si te ves apurado -siguió diciéndome-, siempre puedes recurrir al Vitoria.

-¿El bar?

-Di quién eres -intervino Bilbao con el tonito y sin hacer caso a mi pregunta-, ellos sabrán qué hacer, pues.

-¿El barecito que hace chaflán frente al instituto? -insistí.

Era un bar diminuto, grasiento, que conocía muy bien. Preparaban choricitos al ron muy sabrosos. Mi amigo Sendra (¿qué habrá sido de Sendra?, jugaba muy bien a billar) y yo, algunos domingos, al salir del cinedub de Maristas, recalábamos en él: era la última evasión del fin de semana a la que nos prendíamos con fuerza antes de regresar a la fatídica rutina que nos marcaría el lunes.

-¿El de los choricitos?

Mi hermano apagó el cigarrillo en el cenicero de barro y suspiró. Bilbao dijo joder varias veces seguidas: joder, joder, joder. Lo recuerdo muy bien.

-No sé si estás preparado, chico.

Cuando quería fastidiarme, mi hermano decía *chico*; dejaba caer esa palabra en la frase porque sabía que me encendía al segundo. Me provocaba.

-¿Porque pregunto?

-Porque interrogas, chico.

La cicatriz le brilló. Era como el esqueleto a escala reducida de una hoja, con sus diminutas nerviaciones. En aquella ocasión, cuando le tiré por encima de la mesa del comedor el llavero, ante la mirada estupefacta de mis padres y de mi abuela, se llevó las manos al ojo y pensé que era puro teatro, pero en seguida le salió sangre entre los dedos y me asusté. En el mantel, junto al plato de sopa, cayó primero una y luego otra y otra gota más de sangre. Alarman mucho tres gotas de sangre en un mantel de hilo blanco.

-De acuerdo, ya no pregunto más. Lo haré como dices.

-Suerte, pues -dijo Bilbao con una sonrisa de actor francés pero que en el fondo sabe que es de Bilbao.

-Cúidate, chico -dijo Juan dándome cariñosamente un puñetazo en el brazo-. Ala noche nos vemos en casa.

-Si no me caza la poli -dije bajándole la cremallera al canguro.

Bilbado dio un bufido.

-Tranquilo, Bilbi -le dijo Caspio-, mi hermano es que es un cachondo mental.

Volví a llover, una lluvia muy fina, cuando empujé el portalón de Navellos, me colé el canguro por la cabeza y me lo ajusté en la cintura. Era una lluvia ridícula, por lo que no le saqué la capucha, pero sí me quité las gafas. Probé a pisar. Llevaba los Hush Puppies y no quería resbalar. Salí hacia la derecha, mezclándome de golpe con la gente, y pensé en mi padre y en las consecuencias que podría acarrearos a Juan y a mí si se enteraba del asunto en el que estaba a punto de embarcarme. Juan era un caso perdido, pero yo aún no había dado muestras de perdición. Andando en perpendicular al río, consulté mi reloj y comprobé que tenía tiempo más que de sobra. Un poco más de media hora. Me hice una composición del itinerario hasta destino para no verme atrapado en ninguna sorpresa: recorrería por la orilla del río hasta Plaza de América (diez minutos), cruzaría hasta la Gran Vía Marqués del Turia (cuatro minutos, contando con que el semáforo estuviese cerrado), enlazaría con Jacinto Benavente y luego llegaría hasta Salamanca (tres minutos), para girar, dar con Maestro Racional y *c'est fini*. A buen paso no me llevaría más de diecisiete minutos, pero decidí ralentizar la marcha, no sólo por saborearla sino porque se trataba de no llegar tarde pero tampoco pronto; lo justo, el momento adecuado, el preciso para localizar en la barra al de la bufanda con los colores

del Barcelona (¿y por qué del Barcelona?, me dije cuando me lo indicaron, pero mejor, ya sabía, no preguntar, sólo callar y ejecutar) y soltárselo.

A la altura de la Casa de los Caramelos, me detuve. El pretil del río y la estación de cercanías quedaban enfrente como un cromo cobaltoso y antiguo, algo rancio. En ese instante llegaba un tren, que hizo sonar su silbato, con cuatro vagones. A este lado, los coches circulaban lentos bajo la llovizna, con los faros y los limpiaparabrisas conectados. Todo me pareció triste, de una asfixiante amargura. El kiosco, la pastelería, la tienda de muebles, la zapatería, la tienda de tejidos. Suspiré y opté por realizar la primera inspección, no fuese que alguien estuviera controlándome. Me arrimé, evitando un charco en el que flotaban varias colillas y algunos papelitos, hacia el escaparate; me pegué, buscando el alero, hacia el interior de la acera para poder observar con disimulo. Saqué las gafas y me las puse. La gente iba y venía por la acera estrecha, que allí se ensanchaba medio metro. Había bastante gente. Dos, tres, veinte, cien caras. Ninguna me sonaba. Allí había decenas de caras que nunca había visto. ¿Nunca me había cruzado con aquellas caras? Pensé en las infinitas posibilidades que había de que nunca me hubiera cruzado con alguna de aquellas personas, o de que sí, o en las también infinitas posibilidades que quedaban por delante de otro hipotético encuentro. Puedes vivir en una ciudad, una ciudad mediana, y no repetir jamás con otra persona en un ascensor o en la cola de un cine o en un aparcamiento, esas reflexiones filosóficas entonces me fascinaban. Pensar, por ejemplo, que ese hombre con cartera y que cojea ya no volvería a verlo en mi vida. Nunca más. Al mismo tiempo sentí de repente la losa de la Navidad que digo, el dolor en el costado, una esquirla entre la uña y la yema de un dedo. Plof. Algo parecido a eso, eso que sería la previsible cena de Nochebuena. Mis padres de cara al televisor con una copa de champán dulzón y una estrella de purpurina descolgada desde la lámpara hasta el centro de la mesa, mi hermano que come, que engulle rápido, hablando lo mínimo, porque

tiene que irse, mi padre preguntándole que adónde va y él respondiendo que a estudiar, y yo rogando para que mi abuela no llorase como siempre, a los postres, viendo *¡Qué bello es vivir!*

Di una mirada discreta hacia atrás, por encima del hombro, primero a la derecha y luego a la izquierda, después otra ráfaga hacia el fondo. No percibí nada sospechoso, nada que me llamase la atención. Gente con paquetes y con paraguas, paraguas que tropiezan unos con otros, que chocan, niños que pasan corriendo y salpicando, una mujer con una bolsa de plástico en la cabeza, un perro empapado que anda sin rumbo, un taxi que frena y del que bajan dos monjas, un hombre que va arrastrando un carrito de bebé pero sin bebé porque el bebé lo lleva contra el pecho, un motorista que avanza con precaución, una mujer con una planta roja recogida con una cuerda, más personas con los cuellos de los abrigos subidos, con impermeables color marrón, algunas niñas con gorros hasta las orejas; todos felices y todo normal. ¿Cómo lo hacían, cómo podían evadirse de ese nudo que yo tenía en la garganta? Me incorporé al flujo de personas, por detrás de una mujer que se cubría de la lluvia con el bolso, y seguí caminando, y lo hice pensando en por qué, desde hacía cuatro o cinco años, me ahogaba esa época más que otras y en lo rudimentario que me parecía el plan de Caspio y Bilbao. ¿Era necesario cruzarse media ciudad con lluvia para ir a dar un simple mensaje? Si no querían usar el teléfono, ¿por qué no una carta, un telegrama, qué sé yo, otro procedimiento en el que se quemasen menos energías y se corrieran menos riesgos? Esa es la forma, chico, me dije guardándome de nuevo las gafas en el bolsillo del canguro, esa es la forma, y doblé la esquina dejando a mis espaldas las Torres de Serranos.

Puntual. Había sido puntual. Me puse las gafas y miré el reloj antes de entrar. Faltaban dos minutos. Abrí la puerta y fui hacia la barra. Hacía calor dentro y olía a tortilla de patatas. Ahí, acodado junto a un café, estaba el de la bufanda. Apenas me apoyé me dijo nos vamos. Doy una meada y nos largamos, y se metió en los lavabos. Me quedé parado. ¿Cómo sabía que era yo? En el televisor, que estaba encima de la cafetera, pasaban una película de Papá Noel. El camarero, con un palillo en la boca y secándose las manos con un trapo negruzco, la seguía. Al instante regresó el de la bufanda.

-Vamos.

-¿Adónde?

Me calibró.

-¿Vienes de parte de Bilbao?

Asentí.

-Vámonos, que ha habido soplo.

Fuimos hasta la puerta y, antes de salir, dijo con un gesto aquéllos pueden ser grises.

-Sígueme.

En la esquina de enfrente había dos hombres. Uno descansaba un pie contra la pared. Ambos miraban hacia el bar. Salimos y, evitándolos, cruzamos la calle a pasos largos, hacia el lado opuesto.

-¿Y ahora qué? -dije.

-Ahora nos vamos y chimpún.

Parecía estar tranquilo. Tendría la edad de mi hermano y el aliento le atufaba a carajillo. En seguida llegamos a Jacinto Benavente, sin ningún percance. El tráfico se adensaba. Ya no llovía, pero el suelo resbalaba más. O me resbalaba a mí por mis zapatos.

-Soy Calixto -me dijo a través de la bufanda y sin dejar de caminar.

Entonces me di cuenta de que yo no tenía nombre. Mejor dicho, no tenía nombre de batalla. Juan no me había dicho que me pusiera uno. Lo mío era una colaboración excepcional, de ahí que no lo necesitase.

-¿Y tú?

-Yo soy Sendra.

Estábamos frente a un paso de peatones. Calixto acababa de volverse por si nos seguían.

-¿Sendra?

Afirmé con un cabeceo. (¿Qué habrá sido de Sendra? Una de las miles de caras con la que no he vuelto a tropezarme.) El semáforo cambió a verde. Llegamos hasta el pretil del río y seguimos avanzando hasta el Puente de Aragón.

-Hay que alcanzar el otro lado.

Daba zancadas. Yo intentaba ir a su ritmo, pero sus pasazos me dejaban atrás, además de que en aquella acera patinaba abiertamente. Al llegar al puente, se detuvo y miró.

-No te vuelvas, pero ese 124 es una lechera.

Jadeé. Por Juan sabía que una lechera era un coche policial. Al respirar, la bufanda se le metía en la boca. Me recordó a Belfegor. Ya no estaba tan tranquilo. Me acordé del Vitoria y se lo dije.

-Podemos recurrir a él.

-Ya es tarde. Nos cogerían antes. Sigamos.

Pasamos al otro lado, y en diagonal, dejando atrás la fuente, atravesamos los macizos de la Alameda. En ese momento ya no teníamos dudas de que el 124 era de la policía y de que iba detrás de nosotros. Nos había acompañado a distancia. Posiblemente pretenderían cerrarnos la escapada con otros que estarían esperándonos cerca de allí. Llegamos frente a la Piscina Vedri.

-Bueno -dijo Calixto tartamudeando un poco, ignoro si por nerviosismo o por la bufanda-, dime el mensaje, no sea que haya que salir por piernas.

En ese segundo me quedé en blanco. No sé si porque vi un furgón de policía armada camuflado tras los plátanos, detrás de unos setos, o porque empecé a darme cuenta del verdadero alcance de la situación. Localicé, a distancia, tres policías con los cascos puestos, observándonos.

-Di ya, huevos.

-Ahí hay tres policías -dije.

Miró de reojo y los vio también. Uno fumaba, dio dos caladas y, con lo que me se antojó un gesto arrogante, tiró el cigarrillo al suelo.

-Esto se pone feo.

Se volvió hacia la fachada de la piscina. De pequeño yo había nadado en ella una vez. El Club Delfín hacía campeonatos algunos sábados.

-Entremos -dijo subiendo de dos en dos los escalones.

Fui tras él. En recepción no había nadie. La luz del tubo de neón hacía brillar las guimaldas colgadas de las paredes. Se notaba que acababan de cerrar, flotaba en el ambiente la sensación de que había alguien, alguien que está apagando calefacciones o desconectando cuadros de mando, alguien que va a regresar apresurado pero que ha dejado la puerta principal abierta porque se va ya, alguien que está ultimando para irse a su casa. Un árbol de Navidad, con las bombillitas intermitentes, estaba a un lado, junto a un mostrador y una percha con un abrigo. Entramos por una puerta vaivén y fuimos a parar a los vestuarios. Olía a Linimento Sloan y a desinfectante. El piso estaba mojado y había toallas usadas, dejadas de cualquier manera en los bancos de metal, al lado de los armarios taquillas. Continuamos y empujamos otra puerta.

-Merda -dijo.

Estábamos en un pequeño pasillo oscuro desde el que se adivinaba a diez o doce metros la piscina en penumbra. Anduvimos por él y nos paramos,

ahora con algo más de luz que provenía de fuera, frente a un cartel que indicaba la obligatoriedad de descalzarse en aquella zona. Vi que Calixto se acuclillaba.

-¿Qué haces? -le susurré.

-Quitarme los zapatos.

No pude creerlo.

-¿Pero tú estás loco o qué?

Se paró.

-¿Aquí no hay que entrar descalzos?

Intenté verlo en la oscuridad. ¿Estaba hablando en serio?

-Pero tú eres imbécil o qué -alcé un poco la voz.

Oímos pasos por la parte derecha, hacia donde estaban las escaleras que debían de conducir a las gradas de enfrente. Pasos que de repente se detuvieron.

-Quieto -le dije.

Me agaché. Nos llegaba olor del cloro. Un olor muy fuerte que nos hizo lagrimear. Sentí la saturación del lugar.

-Me hace llorar -dijo moviendo entre manos lo que deduje que era un zapato.

Entonces se hizo un silencio súbito, un silencio que nos puso en tensión, al acecho. Un silencio a través del cual oí perfectamente lo que deduje que era alguien (alguien próximo) amartillando una pistola. Digo deduje porque nunca sabré si aquel ruido metálico (clin, clin) era el que produce una pistola al ser montada o si fue simple imaginación mía. Lo que sí es verdad es que le di un codazo a Calixto ("corre") y me lancé hacia adelante. En dos saltos más ("corre, corre") llegué al borde de la piscina y sin dudarlo me tiré adentro. Recuerdo que lo primero que sentí no fue el agua tibia sino la sensación de que me movía como en un sueño, a cámara lenta. Sé que me vi entrando en contacto con el agua, sintiendo cómo se me metía por la nariz y en la boca, notando cómo

buscaba todos los orificios de mi cuerpo para invadirlos, sintiéndome descender (¿hasta dónde sería el descenso?) igual que si llevase una piedra atada a los pies, bajando como en esa pesadilla atávica en la que caemos y caemos y de la que salimos antes de tocar el suelo y que los psicoanalistas asocian a nuestros antepasados arborícolas y al temor que tenían de ser devorados por un depredador. No sé cuánto duró pero mientras iba haciéndolo, mientras iba hundiéndome, me asaltaron imágenes inconexas (mi padre con un cigarrillo entre los labios y una fotografía de Simon & Garfunkel) hasta que mi pie derecho rozó el fondo suave. Primero los dedos y luego la planta entera, desde la que me impulsé. Entonces se encendieron los focos bajo el agua y entonces vi a Calixto envuelto en miles de burbujas algo alejado de mí, vi que braceaba, vi que le faltaba un calcetín, vi su pie blanco como si fuese de yeso, y vi que hacía esfuerzos con ambos brazos por subir, por emerger igual que yo, vi también que intentaba conservar el poco oxígeno que le quedaba en los pulmones, que intentaba dosificárselo, hasta ascender los cuatro metros, que eran los mismos cuatro metros que me quedaban a mí para poder respirar, para no ahogarse, y lo conseguimos, varios segundos después sacábamos la cabeza al exterior, respirábamos hondo, muy hondo, tosíamos, y descubríamos a los policías junto al bordillo. Nadé hacia ellos y me pasé los dedos por los ojos para ver mejor. Detrás de mí chapoteó Calixto. Su calcetín flotaba cerca de él.

-Venga, saliendo, que se os va a enfriar el culo -dijo uno de los policías.

Mientras me izaban cogido de ambas manos y sentía los zapatos que me pesaban varios kilos y los ojos me escocían, pensé en mi hermano y en Bilbao y en que, con tanto sobresalto y tanto vértigo, no le había dado el recado a Calixto.

Copyright Miguel Herráez, 2004.

De la antología de cuentos de diversos autores, *Piscinas*, Barcelona,
Ronsel, 2004.